

# LA SOMBRA DE EMYN BERAID

Fluía la vida como los arroyos en verano, con la pausa de quien se toma un descanso en sus caudales, degustando cada meandro, cada recodo y recoveco que hacen el viaje placentero y sosegado. Hasta que las lluvias de otoño llegaron sin avisar, provocando las crecidas y arremolinando las corrientes inesperadas de los acontecimientos tras la puerta de entrada de Bolsón Cerrado para encontrar aventura cuando esperaba tranquilidad. Pues la mitad Tuk se impuso a la Bolsón.

Aunque... de ningún modo fue casual. Repentino, sí. Pero no casual.

## PRÓLOGO

El ambiente era suave y cálido, con los rayos tibios del sol entrando por la ventana mientras el aroma intenso de la madera seca al arder en la cocina inundaba cada uno de los rincones del smial; pronto estaría el té de la tarde al fuego y con él la merienda de pastelillos, tarta y queso con nueces y miel. Varias vocecitas alegres y desenfrenadas reían por aquí y por allá tras armarios y percheros, tras cortinas y colgaduras, telones y doseles por las paredes y las puertas, detrás de sillas y sillones y bajo las mesas. Debían de ser cinco, o siete, quizá diez...

Desde su silla de madera una Tuk de mediana edad, con melena negra y expresión jovial y alegre, los miraba con la benevolencia de una madre, debatiéndose entre imponer un cierto orden o permitir la jornada estival sin mayor interferencia que alguna amonestación amable. No había sombras en Alforzada, con los días pasando quedos y apacibles.

-Venga, niños –se decidió al fin, empleando un tono deliberadamente suave al tiempo que acariciaba la encuadernación en cuero de un pequeño libro sostenido entre sus manos–. Un poco de tranquilidad; venid aquí, que os leo algo hasta que llegue la merienda.

El rugir de voces se amainó obediente; o más bien se vio sometido por el castañetear de pisadas y trotes apurados al tropel sobre el suelo de madera, en una apresurada carrera guiada más por la perspectiva de “merienda” que por la inmediatez de “leo”. Los pequeños se sentaron arremolinados frente a ella, formando un semicírculo en el suelo; algunos, los más pequeños, con piernas cruzadas, otros, los mayores, de rodillas sobre los talones. El alboroto se atenuó mientras abría el libro, ya en cierto punto ajado y con un amplio corte rasgando su cubierta de cuero; las páginas estaban arrugadas y escritas con una clara pero aniñada caligrafía. Ella sonrió, mientras se apagaban los últimos comentarios y comenzó a entonar en voz baja.

*Bosque antiguo de ramaje oscuro,  
dame cobijo en los días alegres,  
y que a tu través pase la senda del viajero*

*mientras llenas su bolsa de flores y aventuras.  
Descuida, caminante, los pesares y penurias,  
recupera el ánimo del camino hecho con esmero,  
largo es el día, frío el acero,  
lejano el hogar en noche profunda.*

## HILDIGARD TUK

Si hay algún lugar verdaderamente adecuado para criar a un niño o una niña hobbit, ése era sin lugar a dudas Alforzaburgo, o Alforzada, en la Cuaderna del Este. Y más hablando de un Tuk, claro. Montes y colinas salpicaban el paisaje, con el sol reflejándose en las hojas, ora verdes ora pardas, e iluminando la vista de sus habitantes; las casas y puertas de los smials se esparcían por aquí y por allá, por entre las praderas y las pequeñas arboledas en aquella especie de capital Tuk en el País de las Colinas Verdes. El olor era claro y limpio siempre: a verano con el sol, a frescura otoñal con las lluvias.

Gerontius Tuk no podía sentirse más satisfecho. A sus cincuenta y cuatro años comenzaba, más o menos, la plenitud de su vida; sus hijos eran fuertes (en breve llegaría ya el séptimo) y su prestigio era más que notable entre los hobbits de las Cuatro Cuadernas. Su familia llenaba de risas y vida los Grandes Smials, desde la puerta hasta la más profunda y recóndita cavidad; y en el futuro... quién sabía.

Sentado en la sala grande, leyendo junto a una mesa con varios papeles, unas pequeñas manos abrazaron su pierna. Apartó el libro y se topó con los ojos alegres e inquisitivos de Hildigard. Gerontius sonrió ampliamente, se agachó y cogió a su hija en brazos, apretando con cariño levemente. La pequeña le correspondió con otro abrazo, mientras reía.

-¿Ya ha nacido, padre? –preguntó, con una vocecilla suave; tenía el pelo claro y trigüeño, más parecido al de su padre que al de su madre y los Redondo, igual que en su piel clara y la buena altura para su edad.

-Todavía no, pequeña.

-¡Qué lenta!

-Sí –rio–; ¡qué lenta! O lento.

-¿Y podré enseñarle los bosques? ¿Y los ríos y las colinas?

-Bueno, bueno –terció él, divertido–; ¡ya veremos! No a todos les gusta salir por ahí, ¿sabes?

-Mmmmm... a ella sí le gustará –puso una simpática mueca–. Te lo digo yo.

La risotada de Gerontius fue clara como la primavera. Hildigard Tuk era una fuerza de la naturaleza preparada para desatarse en cualquier instante en el cuerpo de una pequeña hobbit. Contaba sólo nueve años pero era ya la más inquisitiva de entre todos

sus hermanos. Dos eran sus lugares predilectos: la gran biblioteca de Alforzada; y las arboledas en el camino hacia Bosque Cerrado. En la primera recorría pasillos y callejuelas de estantes y estanterías mirando los lomos y ediciones, las letras de las más variadas tintas y colores, las encuadernaciones en cuero y tela y papel, cosidas, sueltas, recientes o antiguas. Estaba aprendiendo a leer todavía, pero se imaginaba qué manos los habrían escrito y los avatares tras sus páginas. Y eso la llevaba al Bosque Cerrado, a senderos pedregosos que recorría a hurtadillas simulando encuentros sorpresivos y batallas prodigiosas junto a los arqueros hobbits de la batalla de Fornost mientras fingía la voz del rey de Arthedain igual que hacía su abuelo cuando le contaba la historia. Su afición no era bien valorada por muchos, ni siquiera algunos de los propios Tuk, tendentes en La Comarca a la paz, el sosiego y la tranquilidad de la vida cotidiana lejos del anhelo e inquietud de Hildigard; aunque a ella bien poco le importaba.

-¡Ya! Me lo dices tú... –continuó Gerontius-. De todas maneras –e intentó ponerse serio, mirándola de frente–, no quiero que vuelvas a escaparte.

-Padre... Voy a ver el bosque y el arroyo aquí al lado...

-Hildigard Tuk. No me gusta que te escapes; nos preocupas, a mí, a tu madre, a tus hermanos... ¡Isengrim se pierde ya entre tus escrandrijos!

-Que venga Isemlod –replicó con cierta malicia.

-Ya. Todavía ni anda y ya quieres ganártelo para tu causa –no pudo evitar esbozar una sonrisa-. No más aventuras furtivas, ¿de acuerdo?

Durante aquel año Hildigard continuó siendo la única hobbit de entre los niños e Hildifons Tuk llenó todo nuevamente de alegría infantil renovada. Ello no impidió, por supuesto, que ella continuase con sus pequeñas pruebas expedicionarias. Con cada día, con cada semana, con cada mes, iba un poco más lejos, paladeando el horizonte que se extendía frente a su mirada, preguntándose siempre qué habría allá, que vería desde allí y dejando poco a poco a Alforzada como algo conocido y caminado, como una estancia que precisa ser renovada y una pared que necesita cambiar los cuadros que la decoran.

Con los años nada fue a menos, claro. En las comidas y las cenas planeaba sus excursiones, lo cual hacía reír a buena parte de la familia cercana, sonreír a algunos parientes lejanos e incomodar a casi todos los conocidos, que torcían levemente el gesto y miraban hacia sus platos como si no fuese con ellos.

Hildigard Tuk se echó realmente al camino en el año 1248 según el Cómputo de La Comarca. Poco después de la muerte de su abuelo Fortimbras, que había dejado un gran legado entre los hobbits, Hildigard cumplió trece años y entró en la llamada veintena. En una noche de lágrimas dulces por las historias ahora perdidas de Fornost y Arthedain, de arqueros y aventuras contadas al calor del sol que entraba a borbotones en uno de los salones superiores de los Grandes Smials, una noche de recuerdos, la joven decidió que había llegado su momento, sin hacer concesiones a la paciencia para partir al alba.

Bolsa a la espalda, Hildigard recorrió parte del trayecto hacia el este en el camino que unía Alforzada con Cepeda, en Los Gamos. El plan era llegar hasta el Brandivino. Hartas veces había escuchado hablar del gran río que iba a dar al mar y que regaba nada menos que el Bosque Viejo, ¡el Bosque Viejo! Y aquel era el único camino bueno que conocía hacia el Este. Había acertado, efectivamente; pero, cuando no se presentó a la comida, el propio Gerontius emprendió una búsqueda sencilla, pues Hildigard no era silenciosa y saludaba a todo aquel que se cruzaba en su camino. Eso sí: la encontraron cayado en mano ya en el tramo que atraviesa la Cuaderna del Sur, un buen mérito para una hobbit de trece años.

Mientras deshacía su bolsa en la sala central de Grandes Smials Gerontius y Adamanta se mostraron conciliadores. Realmente les divertía en cierto punto el espíritu inquieto de su hija, tan diferente de sus hermanos; salvo quizá Hildifons, que se dejaba llevar con su tierna edad. Así, cambiaron la táctica puesto que las reprimendas se habían demostrado insolventes.

-Hildigard ¿sabes lo que es el Thain? –preguntó Adamanta, sentándose a una mesa, mientras se extendía un poco de mantequilla sobre una rebanada de pan con gruesas semillas aromáticas salpicadas entre su apetecible miga.

-Era el abuelo, un jefe –respondió la joven todavía contrariada, mientras sacaba una capa de viaje perfectamente doblada. Gerontius se sorprendió de la eficiencia de aquella mochila, pero prefirió no alimentar al monstruo con alabanzas.

-El Thain es el gobernador de La Comarca, el representante del rey hasta que éste regrese, ni más ni menos.

-Qué bien –aquella conversación no parecía interesarle demasiado.

-Ahora que tu abuelo no está –continuó Adamanta–, se ha decidido que tu padre sea el nuevo Thain de La Comarca.

Aquello hizo reaccionar a Hildigard que se detuvo en seco, si bien no consciente del todo de la importancia del cargo pero sí del reconocimiento que implicaba. Sonrió con sinceridad y se acercó a abrazar a su padre, con un “enhorabuena” en los labios.

-Gracias pequeña –correspondió él, con un gesto cómplice y cariñoso–. Cuando pase el invierno, a inicios de la primavera, iré a Cavada Grande a ser nombrado Thain y ocuparme de los primeros asuntos –hizo una pausa medida, disfrutando el momento–. Si prometes no volver a escaparte... te llevaré conmigo en el viaje –Hildigard abrió los ojos como una lechuza en mitad de la noche–. Verás las Barrancas de Tuk y, más al norte, seguiremos el Camino del Este hacia Cavada y luego a las Quebradas Blancas. E incluso, con algo de tiempo, te enseñaré el paisaje más impresionante que hayas visto jamás y que se puede ver en toda La Comarca.

Hildigard no sabía que hacer; un suave rubor cálido le subió al rostro, mientras un escalofrío le recorría la espalda. No recordaba haber estado tan emocionada en su vida. Extendió los brazos y abrazó al tiempo a Adamanta y Gerontius. Sólo repetía “¡sí, sí, sí, sí!”.

-¿No más huidas? –preguntó Gerontius sonriendo.

-¡No, no, no, no! –respondió Hildigard, con entusiasmo.

No les dio tiempo a decirle mucho más pues tomó su bolsa nuevamente, haciendo un hatillo-bola con todo lo que había sacado, y salió corriendo hacia su cuarto mientras pensaba ya en todo lo que habría que preparar y el poco tiempo que quedaba.

Las lluvias generosas de otoño que alimentaban las plantas y los bosques en decadencia no tardaron en dejar paso al frío invernal. Pasaron las bandadas de pájaros rezagados que abandonaban sus hogares cálidos hasta la primavera, dejando el cielo limpio y claro. Se encendieron las chimeneas por toda Alforzada, poblando el paisaje de suaves columnas grisáceas que serpenteaban suaves hacia las nubes y se perdían allá arriba, entremezclando el olor fresco del frío con la suavidad profunda y cálida, hogareña, de la madera al arder.

En los Grandes Smials casi toda la estación olía a fiesta. En foreyule, preparando la celebración de Yule, se empezaban bien pronto las pruebas del festín, consciente todo el mundo de que se trataba de una excusa tan buena como cualquier otra para incrementar el ritmo culinario, con carnes y asados confitados de ciruela y cereza sobre carne roja, almendra especiada y salsas de uva y pimienta, con postres de bizcocho y frutas, magdalenas tiernas con semillas y pan dulce con mantequilla. Los pasillos, cuartos y



estancias se inundaban de los aromas más deliciosos de hojaldres y horneados, de masa suave al calor de la lumbre y preparados que no por conocidos eran menos apreciados por la comunidad. Al tiempo, las despensas se llenaban de vituallas cocinadas, preparadas y conservadas en el frío para el duro rethe; y fluía así el inicio del año y el punto más duro del invierno, entre bebidas cálidas y vino caliente especiado de media tarde con pastelillos de canela.

Hildigard apenas podía dedicarse a todo aquello (lo cual no implicaba rechazar las viandas, sino trasladarlas a sus aposentos) pues estaba segura de que le faltaría tiempo para echar un vistazo a todo lo necesario para el viaje. Sus visitas a la biblioteca de Alforzada se intensificaron, con ojeadas a los mapas y libros sobre Cavada y las Quebradas Blancas. Gerontius y Adamanta veían con cierta preocupación su entusiasmo; cierto que no había ya partidas subrepticias pero lo era igualmente que la inquietud no había hecho sino aumentar. Ambos remataban casi siempre mirándose con un “¿Qué esperábamos?”.

En poco la primavera llegó preciosa, con el sol comenzando a calentar los cuerpos y espíritus de los hobbits en Alforzaburgo al ritmo de los primeros cultivos de cebollas y calabacines y las primeras cosechas de fresones en los huertos y parcelas que alfombraban las colinas en toda la Cuaderna, por Gamwick, Delagua, Sobremonte, Encina Verde, El Cruce, Botellano o Fuenteblanca. Las praderas crecieron verdes de nuevo y los árboles volvieron a tornar sus copas en el esmeralda intenso de La Comarca. Y el Thain preparó su partida.

La mañana era clara, con el leve frescor tempranero que anuncia un día caluroso. Adamanta Redondo los hubiese acompañado de buena gana pero todavía había mucho que hacer y preparar en Grandes Smials y este viaje sería simplemente una especie de nombramiento más o menos oficial como vigésimo sexto Thain de La Comarca. Gerontius Tuk era ya un hobbit apreciado verdaderamente por la comunidad por su claro enfoque de las cuestiones peliagudas y espinosas, algo lejano de la rotundidad de su tío-abuelo Toro Bramador pero resolutivo en cualquier caso, y más si tenemos en cuenta los fabulosos fuegos artificiales que organizaba cada verano desde hacía unos años. Así, su llegada era no ansiada pero sí bien recibida en Cavada Grande.

La reunión de partida tuvo lugar en la Gran Morada de los Tuk, una impresionante sala en Grandes Smials verdadero centro político de la familia y uno de los lugares en los que más cómodo se sentía Gerontius. Retratos e imágenes colgaban por las paredes de

abuelos y antepasados hasta llegar a Isengrim II, el primer Thain de los Tuk; todo poblado por mesas y sillas de madera repujada, con volutas y ribetes, estantes y estanterías con libros y piezas decorativas; madera, luz y espacio. Y Hildigard plantificada en la puerta. Llevaba una camisa de lino suave con cordones atada en el pecho y en los puños y se cubría los hombros con una capa parda con capucha, pero no de esas gruesas de invierno sino algo más liviana; su bolsa era considerable, teniendo en cuenta que harían el tránsito en poni. Estaba sonriente, exultante más bien. Gerontius, con vestimenta igual de sobria, la miraba a su espalda con una mezcla de preocupación y orgullo.

-Tened cuidado por esos caminos –advirtió Adamanta–. Y recordad bien todo para contármelo a la vuelta.

-¡Claro madre! –respondió Hildigard con entusiasmo–. ¿Vamos?

-Vaaaaamos –accedió el Thain.

El viaje se había planteado para un trayecto de tres días. En el primero superarían Barrancas de Tuk internándose verdaderamente en la Cuaderna del Oeste y pasando las colinas. En la segunda jornada tomarían el camino del norte que ascendía hasta El Cruce; desde allí enlazarían con el Camino del Este, que en su extensión oriental sobrepasaba para llegar a Bree y que en su ruta occidental les llevaría a Cavada. Y el tercer día llegarían ya a su destino, en medio de las Quebradas Blancas. El tiempo parecía estable y certero de manera que no necesitaron buscar acomodo bajo techo sino que entre sus mantas y el equipaje que llevaban los ponis (uno para cada uno de ellos) fue suficiente para pasar las noches bajo las estrellas; frías, cierto, pero deliciosas a ojos de Hildigard. La segunda noche lo fue especialmente, apartados de Alforzada y todavía lejos de Cavada Grande, le impresionaron las estrellas abiertas como un abanico sobre sus cabezas; su padre le enseñó entonces a reconocer la Hoz y admirar a Borgil, roja como las ascuas recientes de la hoguera. En el camino conoció igualmente algo de historia contada por Gerontius, como la de Bucca Marjala, primer Thain conocido, o Gorenhad Gamoviejo. Hildigard paladeaba cada momento, cada instante, atesorándolos como joyas brillantes, cada imagen, cada sensación, cada sonido de las pisadas sobre la tierra ahora seca.

Cavada Grande era tal y como se lo había imaginado aunque Alforzada no tenía mucho que envidiar; quizá era algo más concentrada pero tampoco mucho más grande. Se alojaron en una pequeña posada junto a la Alcaldía de La Comarca, donde Gerontius fue recibido con poca ceremonia y pompa pero gran reconocimiento. Había Gamyi, Ciñatiesa, Tuk, Pieblanco... sentados todos a una extensa mesa en las estancias inferiores. Hildigard estaba encantada; todos le habían prestado una considerable atención a su

llegada, dejando patente la sorpresa de ver a alguien tan joven emprender un viaje de duración media con las consiguientes excepcionalidades que pudiesen ocurrir por el camino. Durante la comida (o ya merienda-cena, no estaba demasiado claro) su presencia se había disipado entre las conversaciones de los adultos.

-Los caminos parecen más oscuros allá en el oeste, hacia la costa y hacia el sur. Hay rumores; rumores... extraños –terció un preocupado Sabio Gamwich, llegado para la ocasión, mientras aspiraba el aroma intenso de la hierba de pipa al prender.

-Habladurías, supongo –comentó con despreocupación Gerontius. A sus oídos había llegado la noticia algún viajero de elevada estatura y sonrisa cálida en los límites de La Comarca, especialmente en la Cuaderna del Sur, pero no había dado mayor importancia.

-Quizá –opinó Cottar Coto–, pero quien camina por algunos bosques y sendas se siente vigilado, observado de una manera casi inquietante. Extraña, añadiría, usando la palabra de Sabio –Sabio Gamwich asentía lentamente con cierta gravedad, mientras Gerontius encendía su pipa.

-Se diría que algo empieza a parecer más... hosco, en las fronteras del oeste. Y eso será algo, querido Thain –concluyó Sabio señalándole con la pipa en la mano derecha–, a lo que tarde o temprano habrá que hacer frente.

Hildigard, escuchando más interesada que incómoda, dio un trago levemente sonoro a su jarra de leche tibia y, a su alrededor, la conversación giró de manera consciente y casi inmediata hacia un tono más alegre, de manera que la leve sombra que parecía haberse asentado sobre ellos se disipó con la rapidez de los jirones de bruma esparcidos por el viento.

En aquellos días lo que más le gustó fue la Casa de los Mathoms, nombre oficioso del Museo de Cavada Grande: un buen edificio de sus dos plantas bien plantadas que entraban a buena altura en la colina y lleno de mathoms, múltiples objetos curiosos, cuando no inservibles, que las familias hobbits de los confines de las Cuatro Cuadernas habían ido donando y entregando, no para tirar sino para conservar, algunos en posesión sucesiva de personas y familias que a través de los cumpleaños los habían ido redistribuyendo.

No le apetecía irse, salvo por ver a su madre y hermanos, claro, pero no iban a estar allí eternamente. En un par de jornadas Gerontius se había puesto al día de papeles y asuntos, al igual que había delegado determinadas funciones para asumir otras. Todo estaba listo, pues, para el regreso a Alforzada. Pero todavía quedaba algo por hacer.

-Cuando te prometí este viaje, ¿recuerdas de qué hablamos? –inquirió mientras empezaban a hacer sus bolsas en el relativamente pequeño cuarto que había en la Alcaldía. Afuera caían unas suaves gotas de lluvia de primavera que limpiaba el aire mientras producían delicioso clop-chop-clop al romper contra hojas y suelos.

-¡Y me porté bien!

-No es eso... –sonrió Gerontius tranquilizador-. Nos vamos; pero todavía no a casa. Te prometí el mejor paisaje de toda La Comarca ¿no? Pues veremos algo que espero colme tus ansias y que no olvidarás.

Así, y para sorpresa de Hildigard, su viaje continuó hacia el sur, bordeando grandes colinas y elevaciones que se sucedían una sobre y tras otra. El trayecto duró otras tres jornadas a paso lento, marcadas por una lluvia suave pero constante que llegó en ocasiones a aterir su cuerpo. Gerontius consideró bastante positivo que su hija sintiese el pesar y la dificultad del camino, la realidad dura de un trayecto que no es sólo luz radiante y aventura. Pero cada paso resultaba más estimulante para Hildigard; el paisaje se tornaba con cada hora más montañoso en unas elevaciones suaves que, poco a poco, dificultaban el avance; hasta el punto de que la tercera jornada tuvieron que hacerla a pie y no en monta, atada en un claro.

-Este es el final de La Comarca, hija –explicó Gerontius con cierta dificultad mientras ascendían. El camino se abría entre sotomonte y arboleda, en un día que había amanecido ya sin lluvia, claro y radiante, y serpenteaba manteniendo su dirección oeste hacia lo alto de las lomas.

Hildigard recibió aquellas palabras con verdadero entusiasmo. El final de La Comarca. Hacia el mediodía, con el sol en lo alto y algo rezagada, miró hacia arriba para encontrarse con la expresión divertida de su padre mientras hacía un gesto invitador. Sus últimos dos pasos abrieron ante ella la imagen más bella que había visto hasta entonces. Se derramaba a su frente toda una extensión de lomas y valles allá abajo, de verdes praderas y arboledas que se sucedían unas a otras en altos y bajos en colinas y oteros y altozanos, con un constante sube y baja hasta donde llegaba la vista. Los verdes eran intensos, fragantes gracias a la lluvia reciente, y de la más variada gama, salpicados por ocre y cremas aquí y allá. Hildigard no tenía apenas resuello; y no era por la subida.

-Las Quebradas Lejanas. Esto es lo que te había prometido.

-Padre... –titubeó.

-Un poco más allá –Gerontius señaló hacia el norte– está el golfo con la desembocadura del río Lune en el Mar. ¿Y ves aquello? –preguntó indicando ahora en

dirección oeste, hacia lo más profundo del horizonte. Hildigard fijó la vista, cubriendo su frente de sombra con la palma de la mano; al final del final se erigían lo que parecían ser tres gigantescas columnas o inmensos troncos de árboles. Ella asintió—. Son las Eryn Beraid, las Colinas de la Torre, ya fuera de La Comarca; se dice que en ellas los elfos construyeron tres magníficas torres en los Días Antiguos.

-Los elfos... –musitó—. ¿Y es verdad?

-No lo sé –respondió lacónico—. Nunca las he visto, ni he pasado de aquí.

Hildigard jamás olvidó aquella jornada; comieron allí arriba, echaron una última mirada y emprendieron el descenso hacia los ponis. El camino de regreso a Alforzada fue limpio y soleado, con más de cinco jornadas primaverales por el Camino del Este y sin resto de lluvias. Con bosques, meandros, huertas y caminos, flores y animales acompañando a los viajeros en su retorno apacible...

...Pero el anhelo de Hildigard Tuk se había quedado ya en otra parte.

## LAS COLINAS DE LAS TORRES

Gerontius Tuk se fue consolidando poco a poco como Thain gracias a sus capacidades y atender las necesidades de todos sus convecinos. En aquel mismo año realizó varios viajes más a Cavada Grande, ya él solo, y en poco tiempo había pisado las Cuatro Cuadernas y se había reunido con las principales familias. Se hacía así eco de las preocupaciones e inquietudes de cada uno, mediando entre disputas y solventando desde gestiones de cosechas hasta caminos y rutas. Todo ello le fue granjeando la fama de pacificador y hobbit de buen juicio y criterio; siempre *excepto* por las correrías de su única hija, a la que era frecuente ver por los caminos.

La marca que el viaje a Cavada Grande había dejado en Hildigard era profunda. La biblioteca de Alforzada comenzó a convertirse en hábitat natural de la pequeña Tuk, en una afición que no era ya algo meramente lúdico. Al cabo de medio año, y gracias a los materiales de desecho de la biblioteca, la joven consiguió hacerse con un libro en blanco, un volumen encuadernado en piel parduzca sin repujar aunque hermoso en su brillo, con hojas rugosas y lomo fuerte y una tira de cuero más larga para envolver y atar. Por los pasillos de la biblioteca copiaba mapas y consultaba textos de viajes y cuentos, hasta que comenzó a anotar sus propias impresiones sobre el viaje a Cavada, los hitos en su camino, las jornadas y las Quebradas. Y las Colinas de las Torres.

El tiempo fue haciendo más pausada y madura su mente pero con igual espíritu y mayor curiosidad. Procuraba siempre tomar nota de los paseos que iba dando a los lugares más lejanos que sus pies le permitían. Al año siguiente del viaje a Cavada dirigió sus pasos hacia el norte y llegó hasta la Piedra de las Tres Cuadernas, el punto donde confluían los límites de las Cuadernas de este, sur y oeste, a muy poca distancia de Delagua y desde donde pudo contemplar buena parte de La Comarca. Al otro, tendió primero hacia el sur y visitó Copete, en el País de las Colinas Verdes, y poco más tarde de nuevo al norte, a Hobbiton. Otra cosa había cambiado, pues ahora, haciendo caso de su buen juicio, intentaba siempre pasar lo más desapercibida posible para evitar las habladurías y resquemores que, indefectiblemente, acabarían llegando en forma de comentario más o menos airado a los corredores de Grandes Smials.

Cuando regresaba, por tarde que fuese, tenía siempre a su hermano Hildifons (libre ya de la consideración de “hermano menor”, tras la llegada de Isembard y luego Hildibrand) presto a recibir sus relatos a la luz de unas velas mortecinas que

subrepticamente encendían en alguno de los niveles inferiores para evitar las miradas curiosas y desaprobadoras. Tanto era así que Gerontius y Adamanta, conocedores de la comandita intentaron evitarla sin demasiado éxito, más allá de leves cambios de ubicación que trasladaron el pequeño concilio a puntos estratégicamente situados más cerca de la despensa, con lo cual salieron ganando los mismos.

Cada uno de esos años Hildigard había acompañado además a su padre en uno de los trayectos anuales a Cavada Grande, el “anual de Cavada” le llamaba; siempre hasta el mismo lugar, siempre por los mismos caminos, siempre en los mismos días... pero nunca el mismo viaje. Su mano se fue haciendo diestra con la pluma y su palabra clara, de manera que la propia Hildigard dibujaba sus mapas y recogía en su libro los detalles que le resultaban notorios, chocantes o simplemente útiles. Con cada año y trayecto engrosaba su libro, aunque disminuía su atención sobre un entorno e hitos ya perfectamente conocidos y que no por bellos se tornaban en más excitantes o invitadores.

Con todo esto, y ante el cuarto “anual de Cavada”, en el año 2852 (o 1252 CC), la joven hobbit consideró que todo debía de tomar un cariz diferente.

Pasó un buen tiempo ensayando su discurso, con el pequeño Hildifons en un acertado papel de Adamanta Redondo y una silla con chaqueta sobre los hombros en el papel de Gerontius Tuk, para diversión sin medida de la improvisada madre. La conversación real resultó, por supuesto, bastante diferente, y tuvo que esmerarse de veras. Sus hermanos acogían poco a poco las responsabilidades propias de sus edades: con solo tres años más Isengrim empezaba a hacerse cargo de pequeñas cuestiones de intendencia en los Grandes Smials, de igual modo que Isumbras, con tres menos, aprendía rápido todo lo referente a las cosechas, recolecciones e incluso almacenamiento y aprovisionamiento. Vidas hobbits al fin y al cabo, bien dedicadas a la contemplación de praderas verdes en medio de la paz y la quietud de los cerros, caminos y florestas de Alforzaburgo.

Hildigard sabía que aquello debía de ser un compromiso mutuo, al igual que sus padres eran conscientes de que ella era diferente. Así las cosas, mayores compromisos en las cuestiones cotidianas de los Tuk dieron premio a su insistencia: Hildigard empezaría a ocuparse del cuidado de jardines y plantas, y a cambio en el cuarto “anual de Cavada” tendría vía libre por el entorno para visitas, paseos, idas y venidas, caminar y explorar por su cuenta con la salvedad de estar de vuelta en la Alcaldía en la fecha de regreso a Alforzada. Hildigard, con la sonrisa ilusionada del que es libre por vez primera para decidir su camino, hizo cuidadosamente su bolsa, adecuada para llevar al hombro, sin ponis ni intermediarios y dejando un lugar preferente para su libro de anotaciones.

La primavera no terminaba de levantar en aquel año neblinoso y frío. Las bandadas de pájaros empezaban a regresar del sur y el paso de los días tiñó los cielos de graznidos, ora melódicos ora inquietantes, y los suelos del verde suave de la hierba salvaje todavía no cortada que se despereza tras la siesta invernal. Una de las aves, un joven y alocado pato rezagado, pudo distinguir, mediada ya la estación, la figura ahora algo cansina de dos hobbits avanzando con cierto trabajo por el camino del Este.

La sucesión de campos, praderas y campiñas se tornó de nuevo conocida y familiar a ambos lados del camino, como un pasillo alfombrado al que se retorna tras un tiempo pero del que se sabe siempre ha estado ahí, esperando, y siempre lo estará. Pero la monotonía de los paisajes familiares y horizontes hollados cambió para abrirse a la nueva visión de un inicio prometedor, bello y radiante en aquella primavera de La Comarca mientras paseaba por las bulliciosas curvas, subidas y bajadas, sendas y caminos flanqueados por smials, puertas y ventanas de Cavada Grande.

Al tiempo que Gerontius entraba en la alcaldía con cierta premura varias familias reclamaban ya su atención acerca de las tareas agrícolas que se estaban viendo demoradas por las lluvias recientes. Su rostro mostraba más decisión de la que su corazón le transmitía, dudando todavía si su despedida debía de haber sido más efusiva, más cariñosa o con un mayor grado de advertencia. Realmente poco importaba ya; a su espalda Hildigard Tuk se alejaba con paso presto y espíritu decidido, una leve mochila sobre los hombros, un cayado pulido en la mano y las piernas ya algo cansadas pero renovadas ante la expectativa que se abría ante sí.

A partir de ahí el camino, no siendo ignoto, se reveló de nuevo emocionante, sucediéndose con cada paso paisajes nuevos, vistas desconocidas y lugares en los que únicamente había estado en su primer viaje a Cavada, varios años atrás; sitios que ya no recordaba y que había atesorado en su memoria para volver ahora a desempolvar como quien se reencuentra con un viejo conocido.

En la segunda jornada llegó hasta la bifurcación del camino que ascendía por las Quebradas Lejanas hacia lo alto de las lomas desde donde se veía el horizonte; su paso era ahora mucho más rápido que en el primer viaje con Gerontius. Hildigard se detuvo un instante leve para degustar el momento. Observó con cierta suficiencia y una sonrisa en el rostro el trayecto terroso que ascendía hacia la derecha por entre las colinas verdes... y tomó la dirección de la izquierda que, saliendo de La Comarca, serpenteaba hacia el este y hacia Emyr Beraid, las Colinas de las Torres.



La ruta, realmente, no se alejaba demasiado de las Quebradas Lejanas sino que las sobrepasaba por un paso mucho más grato, encastrada ahora entre montes y colinas que emergían a ambos lados y acompañaban al viajero en su caminar, sin importunar el trayecto con subidas y bajadas constantes. Hildigard lo había visto en varios mapas en la biblioteca de Alforzada, algunos de los cuales iban dibujados en su cuaderno. A medida que se alejaba (o se acercaba, ¡quién sabe!) el entorno cambiaba poco a poco hacia un espacio más boscoso y tupido, con una profunda floresta que empezaba a elevarse cada vez más, abrigando un camino ya poco señalado. El aire era fresco y el anochecer la sorprendió sin demasiado anuncio; llevaba horas andando, cansada pero feliz tras cada bocanada de aire limpio y resistiéndose a detener un ritmo que, esperaba, la condujese a Emyr Beraid en la jornada siguiente.

Aquel segundo día únicamente reconoció la necesidad de establecer un pequeño campamento cuando la oscuridad se le echó encima y sus pies eran difícilmente perceptibles, perdidos entre polvo, tierra y tinieblas. No tuvo que alejarse demasiado del camino; en el margen derecho, a poco recorrido, un leve claro entre la arboleda se erigió en refugio perfecto para unas pocas ramas prendidas con yesca, un suelo mullido por la hojarasca acumulada y un espacio acondicionado con su mochila a modo de almohada. Traía como reservas un poco de carne seca adobada, queso y dulce de crema de manzana, todo de la despensa de Grandes Smials. Cantaba el bosque nocturno a su alrededor, mientras ella se atusaba un mechón juguetón y ensortijado sobre su frente, solapándose las aves nocturnas ciertamente insistentes con el zumbido seco de algunos insectos que parecían todavía desperezarse.

El último bocado de queso untado con la crema se vio interrumpido por una sensación extraña. Hildigard miró a su alrededor. Las sombras bailaban en cada hoja al ritmo cansino de las llamas, alimentadas por una leve corriente. El fuego saltaba aquí y allá dentro de la hoguera y en su entorno se distinguían los verdes más cercanos de las copas del claro y la hierba del monte bajo.

Los dos elfos aparecieron de repente, como tomando forma del bosque mismo y materializando todo lo bello que le ofrecía aquella naturaleza antigua. La impresión que produjeron en la hobbit fue notable; por supuesto era la primera vez que los veía, pero nunca había tenido claro siquiera que fuesen reales, más allá de las historias de fuego y lumbre, de té e invierno. Se acercaron lentamente, aunque era más una rítmica solemnidad inherente a su raza que propia lentitud y la miraban con cierta curiosidad.

-No es frecuente encontrarse con un mediano por estos bosques –comenzó el más alto; tenía el pelo trigueño y las orejas suavemente puntiagudas, enmarcando un rostro tranquilo y apacible, señorial-. Y menos con una joven.

-Tampoco es frecuente que uno de los míos se aventure al camino. Y aquí estoy –respondió con una sonrisa, intentando aparentar menos impresionada de lo que realmente estaba.

-Interesante –terció el otro-. Supongo que sabes que estás fuera de las fronteras de tu tierra.

-Eso esperaba. ¿Conocéis La Comarca?

-Desde mucho antes de que se le diese ése nombre. Poco nos dejamos ver; algo más quizá en estos días de presagios oscuros –una leve sombra pareció hacer tiritar la lumbre un instante mientras una extraña corriente fría pasó con rapidez-. Y no parece que este lugar sea el más adecuado para ti, ¿no crees?

-He llegado a Cavada Grande por el Camino del Este, he continuado al sur dejando las Colinas Blancas a mi izquierda y he girado al oeste para salir de La Comarca hacia Emyn Beriad...

-Beraid.

-Beraid –corrigió-; creo que estoy donde debo. Podéis sentaros, si queréis –ofreció-; tengo algo de comida. Me llamo Hildigard; Hildigard Tuk, al servicio vuestro.

Los elfos compartieron una sonrisa, mientras se inclinaban con gracilidad a la derecha de Hildigard y tomaban asiento sobre la tierra cruzando las piernas.

-Sois muy gentil; gracias. Mi nombre es Lethgalad; él es Lindalëaered ¿Qué trae a una mediana a los caminos del oeste?

-Aventura, creo –Hildigard retomó los estertores del postre, delicioso en cualquier caso y más ahora en una bella compañía élfica que no hubiese soñado; les ofreció un bocado acercándoles el pequeño trozo de dulce-. Mi padre es el Thain y he recorrido con él varios caminos. Éste es mi primer camino sola y quiero ver Emyn Beraid.

Los elfos rechazaron el ofrecimiento con una agradecida inclinación de cabeza. Hildigard se encogió de hombros.

-Aventura... ¿Y sabes cómo llegar? –preguntó Lethgalad.

-He visto mapas en Alforzada; y no parecía difícil. En poco deberían ya de verse a lo lejos y luego es seguir el camino –Hildigard hablaba con una seguridad cotidiana que divertía realmente a sus interlocutores.

-Tras unos cuantos giros del sendero –confirmó Lindalëaered; su voz era suave como el arrullo de un arroyo cantarín–, aunque por ahora sólo se verán si subes a una loma.

-¿Sabes lo que hay en Emyrn Beraid? –continuó Lethgalad.

-He leído algo –intentó recordar, mientras el cansancio empezaba a hacer mella en sus miembros y embotando levemente su cabeza– pero no he encontrado demasiado; se habla de las torres, de grandes torres de días muy antiguos y una ventana o algo para ver, pero poco más, al menos en nuestra biblioteca. Sólo tengo esto.

Hildigard metió mano en su bolsa, sacó el cuaderno, atado sobre sí mismo con la tira de cuero, y se lo acercó a los recién llegados. Los elfos lo abrieron y pasaron atentamente las páginas.

-Son unas observaciones ciertamente notables –reconoció Lethgalad–. ¿Y si te dijésemos que no puedes seguir tu camino?

-Diría que intentaría buscar otro. Tengo un par de días más.

-Te avanzo que no podrás subir a las torres.

Hildigard reflexionó un instante.

-¿Pero podré verlas?

-Podrías –Lethgalad se detuvo antes de continuar, meneando levemente la cabeza, divertido–.

»Duerme ahora, Hildigard Tuk, de La Comarca. Descansa; estaremos aquí cuando despiertes.

Las palabras élficas, pronunciadas con una suavidad marcada llevaron en volandas a la joven hasta la tranquilidad del sueño; Hildigard se acurrucó sobre sí misma, con la cabeza sobre su mochila y se dejó ir, para empezar a roncar al cabo de un momento. La noche estaba ya cerrada y alrededor del extraño campamento algunos animales, ora pequeños ora grandes, se preguntaban qué asuntos habrían unido a hobbits y elfos. Por entre el follaje asomaban brillantes algunas estrellas en aquella suave noche de primavera. Los elfos observaban, con la tranquilidad del Tiempo mismo a sus espaldas pero con la cierta inquietud del que divisa nubarrones en lontananza.

-¿Se lo vas a contar? –preguntó Lindalëaered, grave.

-No –respondió Lethgalad pensativo.

-¿No crees que deba saberlo?

-En poco le beneficiaría. Ayudemos simplemente en su viaje de ida y vuelta; y no pongamos sobre ella preocupaciones que quizá incluso a nosotros nos superan.

La mañana fue gloriosa para Hildigard. En primer lugar por ver cumplida la promesa: los elfos seguían allí, igual de despiertos que cuando ella se había dormido; igual de sentados que cuando ella se había echado e igual de curiosos que cuando ella había dejado de hablar. En segundo lugar, las ascuas todavía candentes del fuego nocturno permitieron un magnífico desayuno de pan duro tostado, un par de salchichas y nueces con miel, último tramo en el proceso reparador que su cuerpo necesitaba.

Una vez hubo terminado, con el campamento recogido y puesta en camino nuevamente, la conversación derivó hacia el trayecto a Emyr Beraid. Los elfos parecían conocer bien aquellos parajes y con cada paso le desentrañaban alguna curiosidad, que Hildigard al principio intentaba recoger en su cuaderno, o puntualizar algo del terreno, que consignaba igualmente en sus mapas. De seguir así la tinta se le acabaría en poco. Lethgalad le contó parte de la historia de Emyr Beraid y las tres torres que habían dado origen al nombre. Las edificaciones procedían ya de los Días Antiguos y habían sido construidas por Gil-Galad en la Segunda Edad para un tal rey llamado Elendil, de los Dúnedain; poco le decían aquellos nombres, aunque ciertamente podía sentir un poder antiguo en cada letra. Ahora era Círdan el guardián de las torres, vigilante desde la más alta y señorial de todas, la de Elostirion. Hildigard volaba con cada palabra, con cada descripción e historia de Lethgalad; tanto, que pronto olvidó notas y apuntes, disfrutando simplemente de las palabras de acento dulce como los rayos de sol en el alba de la primavera, mientras, paso a paso, se acercaban al final del viaje.

Con el transcurrir del día y el recorrido del camino, el paisaje volvía a envolverse de altos ligeros y valles suaves a ambos lados de la ruta, mientras los árboles decrecían en altura y difuminaban su presencia, permitiendo a la viajera, a los caminantes, disfrutar del azul de un cielo levemente salpicado por migajas de nubes aquí y allá, limpias en cada jirón como gotas de rocío. Los elfos no habían permitido a Hildigard abandonar el camino y subir a las colinas cercanas para ver las Colinas de las Torres; esto provocó una cierta contrariedad en la joven, pero todo se vio compensado poco después del mediodía. Lethgalad la aguardaba en un recodo del camino con una sonrisa el rostro y un gesto oferente con la mano extendida ante sí; Lindalëared se había adelantado hacía ya un rato y llevaban un buen trecho caminando solos.

Hildigard apuró el paso, mientras un leve cosquilleo le subía por la espalda. El espectáculo fue grandioso. A poca distancia, a unos valles y unas pocas colinas, ya no en el horizonte sino casi al alcance de su mano, en una elevación de verde intenso y profundo,

se erigían tres edificaciones majestuosas como nada que hubiese visto jamás. No majestuosas como cuando Gerontius era el último en rematar la comida y el primero en iniciar la merienda en algunas celebraciones; ni siquiera majestuosas como los libros más antiguos de la biblioteca de Alforzada, esos que casi le hacían temblar las manos ante páginas arenosas y endebles. No. Majestuosas como los sueños, como el Tiempo mismo, como surcar lugares y edades del mundo en un instante; no era por el tamaño, ni por las intrincadas estructuras todavía apenas perceptibles que se elevaban una sobre otra en la distancia: era por sí mismas, por el pasado y el presente, por las manos élficas que piedra a piedra las habían levantado y dejaban retazos de la grandeza de otros tiempos en ellas.

Hildigard sintió casi que le faltaba el aliento. Inspiró profundamente y dio un leve paso, para detenerse de nuevo.

-Eryn Beraid –anunció lacónico Lethgalad, realmente complacido por el entusiasmo juvenil de aquella mediana.

A medida que se fueron acercando la figura de las torres se fue haciendo cada vez más y más presente, y con cada paso era más perceptible su forma. Estaban separadas por una buena distancia, que no parecía tanto a lo lejos pero que ahora se veía crecer paso a paso. La de Elostirion era la central, un poco más elevada que sus hermanas. Las tres tenían una altura enormemente considerable y se componían de varios cuerpos montados uno sobre otro, siendo el superior de menor tamaño; se encajaban gracias a balaustradas y columnatas sencillas y delgadas que rodeaban las torres, y cada cuerpo se sostenía con suaves arbotantes que tendían con sus pináculos hacia el cielo, dotando de mayor gracia, si cabe, a los inmensos baluartes. No tenía nada que ver con lo que se había imaginado; aquello era mucho mejor y la superaba con creces.

Mientras avanzaban se levantó una suave brisa que saludó a Hildigard por la espalda, refrescando su cuello y animando el camino. Las copas verdes siseaban a su paso, como canturreando una vieja canción para un pueblo que hacía mucho tiempo que no se veía por aquellos parajes. De cada cierto recorrido Lethgalad permitía que la hobbit se adelantase y él se detenía oteando el horizonte y escrutando el entorno, para volver luego a su par. A media tarde, en una de las lomas, ya próxima la entrada de Elostirion, la figura de Lindalëared les sorprendió aguardándoles de pie. Ambos dejaron el camino y ascendieron, con soltura el elfo, con cierto trabajo la hobbit, hasta su altura.

-Hasta aquí se te permite llegar –informó Lethgalad– Hildigard Tuk, de la Comarca. Admira Elostirion –ofreció de nuevo con un gesto amplio.

La torre se plantaba a pocos tiros de piedra; sus compañeras se elevaban en otras cimas a ambos lados, a buena distancia y levemente retrasadas, o eso le parecía desde allí. La entrada de Elostirion se distinguía perfectamente, con un acceso en arco apuntado sin puerta alguna, flanqueado por leves y suaves columnas de mármol blanquecino que, en la distancia, y aún en el atardecer, parecían refulgir con la intensidad de las leyendas. Hildigard levantó la mirada degustando el ascenso por el cuerpo de la torre, columna sobre columna, capitel sobre capitel; quizá fuese la primera hobbit en ver aquello.

-Ha valido la pena –musitó.

Pasó las siguientes horas dibujando la torre, delineando sus rutas y mapas y tomando notas de lugares e hitos. Por propia prudencia prefirió dejar al margen la compañía que el camino le había proporcionado y su relato se tornó en una relación más o menos aséptica de lugares, formas, arquitecturas y viejas historias. Todo hasta que la luz lo permitió; la caída de la noche no tuvo parangón bajo las sombras de Emyr Beraid, con un miríada de colores esparciéndose por doquier como pinceladas al azar y sin embargo maravillosamente amalgamadas a lo largo de todo del anochecer.

La cena se pareció bastante a la de la noche anterior, con un fuego ligero y buena compañía. Los elfos preguntaban más que respondían pero no era algo que molestase a Hildigard, gustosa de compartir su experiencia; ahora le quedaba el regreso, de un par de jornadas hasta Cavada Grande y luego, ya en compañía del Thain, hasta Alforzaburgo.

-Mañana te despertarás sola –anunció Lethgalad–, ya que otros asuntos nos requieren ahora. Pero no te preocupes; pues siempre tendremos un ojo sobre ti en estas tierras.

-No tengo miedo, o eso creo; pero gracias de todas maneras.

-Extraña viajera eres, Hildigard Tuk –comentó Lethgalad–, y bastante única, creo; no parece que abunden muchos como tú en La Comarca.

-No –sonrió ella–, más bien no.

El elfo miró hacia arriba; allá titilaban las estrellas cada vez con mayor fuerza, mientras la suave brisa de la tarde volvía a saludarlos, ahora para quedarse, parecía. Hildigard tomó su chaqueta y se la puso sobre los hombros mientras se recostaba. Pronto se vio invadida por unos versos suaves que ofrecía la voz élfica:

*Bosque antiguo de ramaje oscuro,  
dame cobijo en los días alegres,*

*y que a tu través pase la senda del viajero  
mientras llenas su bolsa de flores y aventuras.  
Descuida, caminante, los pesares y penurias,  
recupera el ánimo del camino hecho con esmero,  
largo es el día, frío el acero,  
lejano el hogar en noche profunda.*

La hobbit se durmió tarareando el poema, al que ella misma parecía haberle puesto un cierto ritmo musical mientras los ojos se le entrecerraban, pesados y suaves.

Despertó en la mañana fresca bajo la atenta y solitaria mirada de Elostirion y las Colinas de las Torres, sin compañía pero reparada, mientras veía a sus pies un desayuno de fruta perfectamente dispuesto y empezaba a pergeñar ya en su mente, aunque algo a regañadientes, el viaje de vuelta.

## ESCARAMUZAS SECRETAS

El tiempo pasó con la lentitud y rapidez de la vida en La Comarca, pero la huella del viaje a Eryn Beraid permaneció marcado a fuego nocturno en el espíritu de Hildigard. Durante el regreso había continuado anotando sus impresiones, con especial atención al poema que, en su cabeza, repetía con aquel cierto tono musical y para el que había reservado una página en blanco. Gerontius se había interesado enormemente por esos días de ruta y el trayecto de regreso a Alforzada no había sido otra cosa que un monólogo emocionado de su pequeña bajo la atenta sonrisa del Thain. A su llegada pocos quisieron compartir los nuevos conocimientos, mirándola de reojo como alguien extraño y perturbador de la cotidianeidad. Hildigard, sin dar mayor importancia a los celos, se refugió de nuevo en la biblioteca de Alforzaburgo, con sus pocos textos (menos de los que deseaba) sobre torres, elfos y objetos videntes, y en las salas de Grandes Smials.

Aquel mismo año de 1252 según el Cómputo de la Comarca tuvo otro regalo: una hermana. Belladonna Tuk era una niña de pelo oscuro como el chocolate espeso y de pómulos redondeados, sonriente y alegre... Y una nueva pupila para la comandita que Hildigard comandaba seguida por Hildifons. A lo largo de los meses y años siguientes la joven les leía algunos pasajes de su cuaderno, poniendo varias voces y entonando en algunas descripciones de las que se sentía especialmente orgullosa; les mostraba cada mapa cuando les daba sombras y tinta y les dibujaba en el aire las formas de los caminos y colinas. Hildifons se hacía cada vez más entusiasta, especialmente rebasados ya los diez años; y Belladonna se dejaba contar escuchando con tranquilidad pero sin prestar demasiada atención, hasta el punto en que Hildigard empezó a temer que ésta fuese más del bando de sus hermanos mayores.

Las cosechas iban siendo buenas, con primaveras y veranos de temperaturas suaves, otoños lluviosos e inviernos de frío agradable. Como tenía que ser. Las despensas estaban en un estado más que aceptable y las carreras alegres se sucedían por Grandes Smials, con los Tuk mayores haciéndose mayores y los Tuk niños cumpliendo su papel de niños, alborotadores inmisericordes para divertimento general. En otros lugares, muy lejos de La Comarca, nada era ya apacible, con reuniones y concilios de conversaciones oscuras y decisiones funestas; pero casi nada de eso se percibía en la tierra de los hobbits.

Casi. Pues la tranquilidad no se había instalado con totalidad en las fronteras, advertidas por sonidos oscuros, siseos extraños en las tardes calmas o sombras en los claros del oeste que iban de aquí para allá. Una de ellas había dejado de ser un secreto,



pues un viajero de sombrero picudo y vestido gris hacía ahora, de cuando en cuando, leves paradas en Alforzada e incluso se le había visto hablando con Gerontius Tuk, lo cual había granjeado a medias un halo de respetabilidad al recién llegado y otro de insensatez, en igual intensidad, al hobbit. Se veía que bien poco le importaba al Thain, pues al cabo de un par de años las visitas del viajero gris, aunque fugaces, culminaban en comidas prolongadas y sobremesas más prolongadas todavía.

Hildigard se reveló como una magnífica cultivadora de flores de jardín, tremendamente cuidadosa y consciente de los mejores períodos del año y condiciones en las que plantar, trasplantar, podar o injertar. Hasta el punto en que sus plantas empezaron a tomar cierto reconocimiento. No era esta actividad la que más le gustaba, claro, pero, por lo menos, le permitía rodearse de la tranquila cotidianidad de los hobbits en una vida sosegada que a la joven Tuk se le antojaba anodina en demasía.

En el 2855 de la Tercera Edad, 1255 según el Cómputo de la Comarca, con los veinte años ya cumplidos de Hildigard, continuaban por aquí y por allá los ciertos rumores de bosques más oscuros de lo habitual, pájaros más silenciosos de lo normal y fauna más inquieta de lo deseable; o eso se contaba, al menos, de los caminos y arboledas del suroeste, llegando realmente al punto en que ya no se podía discernir la realidad de unas habladurías fantasiosas a las que Gerontius Tuk como Thain se negaba a ofrecer demasiado crédito. Por eso la situación no resultó del todo de su agrado cuando, al inicio de una tarde de verano y tras una llamada rotunda aunque educada a la puerta parda y recia de madera que daba entrada a Grandes Smials, se encontró con un forastero.

Se trataba de un individuo relativamente joven para la edad de los hombres, de unos treinta o treinta y cinco años; tenía buena altura, con pelo oscuro y enfundado en botas y ropa de cuero, algo ajadas por un camino que parecía haber sido largo. Su piel mostraba un tono agradablemente cetrino y destacaba una dentadura blanca abierta en sonrisa amigable aunque no lisonjera. Tan pronto Gerontius abrió la puerta el recién llegado le saludó con una inclinación de cabeza.

-¿El señor Tuk?

-El mismo –Gerontius no se mostró demasiado amable. Las visitas imprevistas, salvo las de su amigo de gris, no eran de su agrado y menos las de foráneos desconocidos.

-Me han indicado que éste es el... ¿cómo los llaman? ¿smial? –Gerontius asintió levemente–, el smial del Alcalde de todo el territorio.

-Gerontius Tuk, Thain de La Comarca. ¿Vos sois...?

-¡Perdón! Qué modales... Garold, Garold hijo de Gwotën. A vuestro servicio para lo que podáis necesitar.

Gerontius correspondió con una nueva inclinación de cabeza aunque no dijo nada más, instalándose un leve e incómodo silencio que el hombre grande no tardó en romper.

-He... he preguntado y me han remitido a vos, espero no os moleste. Soy simplemente un viajero, un caminante sin más, aunque algo perdido.

-Vos diréis –continuó el Thain, intentando mostrar la mejor de sus expresiones.

-Orientación busco, y poco más. He salido de Bree hace un tiempo, tras vagar en busca de las costas y el Mar; ahora, el verde de vuestras praderas me ha atrapado y querría poder conocer algo más la historia de esto que llaman La Comarca y sus caminos.

Gerontius se tomó un instante para evaluar al recién llegado ya que, claramente, para eso se lo habían remitido. Su mirada parecía limpia y clara, cansada quizá, con un deje que no conseguía identificar; a simple vista nada hacía pensar que su intención no fuese sincera. Sea como fuere, ayudarlo sería la mejor manera de que su estancia se prolongase lo menos posible.

-Un poco de información y lectura... y algún que otro mapa; si es que los hay. Eso lo que busco y nada más. No querría importunaros, de cualquier manera; así que si no lo consideráis oportuno no os preocupéis y seguiré mi camino agradeciendo vuestra atención, maese Tuk.

Gerontius dulcificó el gesto, deshaciendo sus dudas en el aire.

-Maese Tuk era mi abuelo Ferumbras. Llamadme Gerontius.

-Gerontius –pronunció Garold con tono de reconocimiento, mientras ladeaba la cabeza en una leve reverencia.

-Venid conmigo –propuso el hobbit mientras cogía su sombrero colgado en un pequeño perchero de madera a un lado la puerta y su pipa de una mesita–. Sé dónde encontrar lo que buscáis.

El día era pardo, con un cielo grisáceo sobre sus cabezas que amenazaba gotas a pesar del calor que apretaba. No pocas miradas furtivas se dejaron caer en el Thain y su extraño acompañante mientras caminaban atravesando Alforzaburgo, algunas meneando la cabeza en una desaprobación más o menos patente; tanto hacia el recién llegado por adentrarse con sus problemas en La Comarca como hacia el hobbit por lo solícito de su compañía. Demasiada gente grande por sus praderas y altozanos, sean viajeros de ropajes oscuros y espada corta al cinto, como aquel, u otros de cayado y sombrero picudo.

-No son muchos los que vienen en interés hacia nuestra historia. Aunque, ahí está, por supuesto.

-Bueno –respondió Garold, mientras observaba en derredor–, la mía es una mera curiosidad pero nunca había visto nada como esto, con su belleza y su tranquilidad. Y me gustaría partir conociendo por lo menos brevemente su tradición.

-¿De dónde sois? –era momento de recibir algo a cambio, pensó Gerontius.

-De muchas partes, principalmente del Oeste, pero mi familia es de comerciantes, en Enedwaith, lejos, al sureste.

-¡Parece bien lejano!

-Cerca del Camino del Norte que atraviesa el paso de Rohan, si os suena; al norte del Isen.

»Yo busco rutas, lugares y caminos durante buena parte del año; y vuelvo luego para comentarlos en nuestra pequeña compañía y decidir dónde centrarnos o invertir.

-¿Y resulta? ¿Vuestra misión?

Seguían ahora un pequeño sendero delimitado por una valla de madera pintada de blanco por la que fluía la enredadera serpenteante de aquí para allá como un río de caudal verde. A su frente se ramificaba el camino en varios ramales de tierra tendentes a sus correspondientes colinas con sus correspondientes entradas en sus correspondientes puertas redondas pintadas de verde o marrón. El aire cálido agitaba levemente los cabellos despeinando a ambos paseantes y hacía susurrar las copas de los árboles cercanos. Tomaron uno de los desvíos a mano derecha.

-Bueno –respondió Garold con naturalidad–, depende los años; algunos salen mejor que otros. La nuestra es una labor que lleva su tiempo lento. En este caso, no lo sabemos todavía.

Se plantaron pronto ante una colina de buena altura con una puerta abierta de par en par y varias ventanas circulares a ambos lados; la hierba crecía verde y frondosa sobre el smial, aunque más parecía una casa baja de gente grande cubierta de brillante hierba y hojarasca. La entrada se señalaba con un letrero: Biblioteca de Alforzada.

-Hemos llegado –señaló Gerontius mientras le ofrecía el paso con un ademán suave.

-Os lo agradezco –repuso, entrando mientras admiraba la disposición del acceso y las estanterías que se abrían hacia el fondo.

Gerontius lo siguió hasta un par de percheros que permitían al visitante dejar sus ropas. Olía a páginas y libros, a volúmenes y pergaminos y papeles y tinta; a pasado y a

presente, a ideas, a vidas y aconteceres recogidos con cuidado, con mimo, para disfrute y conocimiento no sólo de Alforzada sino de toda La Comarca. En una pequeña mesita, a poca distancia de la puerta, un libro abierto consignaba títulos y los anaqueles donde encontrarlos. Constaba la biblioteca de dos salas consecutivas con estantes y estanterías que sobrepasaban en altura a un hobbit de tamaño usual y alcanzaban casi la cabeza de Garold, así como tres estanterías más, individuales y cruzadas en medio de cada sala, dando lugar a varios pasillos y recovecos.

-Esta es la mejor biblioteca que podréis encontrar en toda La Comarca –presumió Gerontius-. Hay otra en Los Gamos, ya fuera de nuestras fronteras pero, aunque no la he visto jamás, dudo que pueda hacer sombra –remató en un ufano ejercicio de confianza.

-Estoy seguro –sonrió Garold, mientras admiraba los lomos y ediciones, tratando de no desairar a su anfitrión.

-Hay libros de historia de Eriador y bastantes relatos e historias, con un valor mayor o menor según se juzgue como lector, creo. Pero me parece que por aquí encontraréis información suficiente –propuso indicando un estante en concreto-.

»Junto a las ventanas tenéis unas mesas para poder leer; dejad el libro que cojáis donde estaba y todos contentos.

-Magnífico, Thain Gerontius.

-Gerontius a secas –volvió a corregir con amabilidad y una sonrisa-. Yo me sentaré en aquella mesa; si necesitáis cualquier cosa no dudéis en comentarlo –en el momento de pronunciar esta frase esperó de veras que aquello se dilatase el menor tiempo posible.

-Gerontius. Magnífico. No me detendré demasiado; a buen seguro únicamente un rato, aunque prometo una siguiente visita.

El Thain inclinó la cabeza mientras se retiraba, sin decir palabra pues tampoco deseaba resultar en exceso invitador y su buen juicio le aconsejaba no decir ni que sí ni que no. La biblioteca era un lugar que no le desagradaba; si bien es cierto que él no era como su hija, de vez en cuando se dejaba caer y leía un rato para despejar la mente. Cogió una edición de cuentos y poemas en la que había colaborado su propio abuelo, Ferumbras II, y se sentó plácidamente.

Pasada una hora se arrepintió de no haber llevado nada para mitigar el hambre incipiente que comenzaba a campar a sus anchas, pero no podía abandonar ahora su puesto: sería una irresponsabilidad. Garold no se había acercado más que para comentar algún volumen y desde hacía ya un buen rato copiaba en su cuaderno fragmentos de los

Anales de Alforzada, el libro llamado Pielamarilla por su encuadernación y donde estaban recogidos tanto los principales acontecimientos de la historia de Alforzaburgo como la propia genealogía de los Tuk. No faltaron igualmente un par de compilaciones de historias y tradiciones.

La luz empezaba a entrar ya inclinada por los ventanales, comenzando a dificultarse la lectura, cuando unos pasos joviales se escucharon desde la puerta, antecediendo a la alegre y espigada figura de Hildigard Tuk que entró en la sala para detenerse ante la mesa que ocupaba Gerontius.

-¡Hola padre! Qué alegría verte por aquí. Espero que no desordenes nada – comentó con una sonrisa.

-Hola Hildigard –saludó–. ¡Intentaré dejártelo todo en su sitio!

-Te llaman... madre... para... esto...

Se instaló un breve pero elocuente silencio que Gerontius supo romper.

-Sabes que está aquí, ¿no?

-¡No se habla de otra cosa!

Gerontius le hizo un gesto para que bajase la voz.

-Pero ¿de dónde viene?

-No lo sé a ciencia cierta; es un viajero del sur, de Enedwaith dice.

-Enedwaith... –repitió Hildigard lentamente y en voz baja.

Unas pisadas cuidadosas interrumpieron de fondo la conversación, mientras desde el extremo de la estancia Garold se acercaba con un libro cerrado en la mano y una sonrisa.

-He oído voces y me he dado cuenta de que se hacía tarde ya. Mi señora –saludó a Hildigard con una inclinación de cabeza.

-No os preocupéis –terció Gerontius–; mi hija Hildigard venía a reclamarme.

-¿Venís de muy lejos? –casi interrumpió la joven, incapaz de contener la emoción. Garold esbozó una sonrisa ante la impaciencia poco predecible de la hobbit.

-Bastante: de Bree, lo más reciente; de las Quebradas del Sur y el Camino Verde en Cardolan, antes.

-Cardolan... –volvió a repetir ella, sin siquiera saber bien de qué hablaba, más allá de lo lejano que sonaba.

-A mi hija le gustan las historias de otros lugares –suavizó Gerontius, para rematar con un suave pero ciertamente amenazador “demasiado quizá”.

-En ese caso estaré encantado de informarle en cualquier otra ocasión. Debo continuar cuanto antes mi camino, aunque todavía no sé bien cómo.

-Quizá podamos ayudarle –ofreció Hildigard, arrepentida en cuanto vio la mirada acusadora que de soslayo dejó caer su padre. Garold se dio evidentemente cuenta y levantó las palmas intentando suavizar la situación.

-No, no, por favor; en nada querría importunarles. Parto ya. Debo ir hacia las fronteras de La Comarca al oeste y reconocer el territorio hasta el Mar –dijo mientras se retiraba para devolver los libros de su mesa a sus respectivos lugares.

-Padre –susurró Hildigard cuanto el extranjero estaba fuera de su alcance–: es el “anual de Cavada”.

-Olvídalo.

-Oh, padre. Iba a hacer el viaje en busca de nuevas semillas para los jardines. Tarde o temprano; pensaba ir hacia inicios de otoño, ¿qué más da ir ahora?

-Ya; pero...

-De hecho, así no haría el viaje sola –Hildigard empezaba a sentirse ganadora.

-¡No le conocemos! –qué difícil se hacía gritar susurrando.

-Pero de querer hacer algún mal ya lo podría haber hecho; no meterse en una de las mejores bibliotecas hobbit.

El crujir de pasos suaves provocados por las botas de cuero de Garold se dejaron escuchar desde el otro lado de la sala, mientras se acercaba con su bolsa al hombro.

-Contad con mi profundo agradecimiento –comenzó a despedirse–. Ha sido una visita enormemente fructífera y placentera; en verdad no esperaba encontrar algo como esto.

-Igualmente honrados con vuestra presencia –correspondió Gerontius–. Para vuestros intereses os conviene seguir el camino hacia las Barrancas de Tuk, es el ramal de la izquierda y siempre al oeste; luego al norte por el camino de Valle Largo hasta el Cruce y ya el Camino del Este hasta Cavada. A buen seguro no tiene pérdida para un viajero, pues son las rutas más amplias y trabajadas.

-De todas formas –interrumpió Hildigard, suscitando un lento giro de cabeza de su padre, mientras pensaba que aquella niña se parecía demasiado a su tío abuelo Bandobras, Toro Bramador, al menos en la terquedad de su empeño–... De todas formas –continuó– si camináis con paso no muy rápido quizá os alcance en una o dos jornadas y os acompañe hasta Cavada.

-Quizá –susurró entre dientes Gerontius.

-Oh, no os preocupéis. Tomaré ahora mi camino con calma. Muchas gracias. Si nos vemos, será bienvenida vuestra compañía. Y si no, igualmente agradecido.

»Seguiré vuestras indicaciones, Gerontius. El ramal de la izquierda, y siempre al oeste.

El gesto de Garold se dulcificó mientras inclinaba la cabeza en una educada reverencia, para desaparecer por la puerta con un saludo y perderse en el atardecer de La Comarca.

Realmente no hubo mucha discusión en Grandes Smials. Adamanta tampoco estaba demasiado de acuerdo con esta suerte de expedición, pero reconocía que el viaje estaba ya planeado aunque para un poco más adelante, que la compañía no sería desagradable y que entraba dentro de las responsabilidades de Hildigard. La cierta agitación respondía únicamente a hacer una rápida bolsa y al leve descanso de aquella noche para, tras un desayuno delicioso aunque en exceso frugal a todas luces, tomar el camino de Barrancas.

Hildigard quería llevar a Alforzada las semillas de las principales flores de las Cuatro Cuadernas. Crecían por los jardines y altozanos ya cléomes, heliotropos, lirios y jazmines que perfumaban el aire en paseos y caminatas. Pero además había conseguido lavandas, ranúnculos, zinnias y preciosos galantos blancos del Sur; y en breve recibiría, desde el Este, caléndulas, astilbes y tulipanes, todos del más intenso bermellón con que dotar a su vergeles de un fabuloso colorido y salpicar con anémonas de un profundo tono violáceo. Un “anual de Cavada” era lo perfecto para conseguir algunos de los principales ejemplares del oeste; si con ello volvía a salir al camino, miel sobre hojuelas.

Paso tras paso, hacia el final de la tarde divisó la figura de Garold allá a lo lejos, en el camino, pero le resultó imposible de alcanzar. Cuando la noche empezaba a cubrir los campos, casas lejanas, caminos y árboles, unas nubes negras se cerraron con poco aviso para descargar su agua ya en la nocturnidad. Hildigard se vio obligada a montar un pequeño parapeto y cortavientos junto a una arboleda; la lluvia duró poco pero cuando cesó, cogió a la joven ya dormida.

Mediada la mañana del día siguiente dio caza al extranjero, que se sentaba en una roca junto al camino mientras daba cuenta de un par de manzanas rojas bien maduras en un momento de asueto.

-¡Bienvenida sea vuestra presencia! –saludó sonriente mientras agitaba la mano.

-Y buen camino a ambos, que compartimos ruta –respondió Hildigard con gentileza.

-¿Me acompañaréis, entonces?

-Bueno, por lo menos hasta Cavada Grande, donde conseguir semillas adecuadas.

-Siendo así, qué mejor que empezar compartiendo vituallas –apuntó mientras le alcanzaba una de las manzanas–. ¿Nos os parece?

-¿Manzanas de Barrancas? Por supuesto.

El camino fluyó agradable y diferente. El ambiente estaba fresco, tras la lluvia de la noche anterior, con el olor a tierra húmeda acompañándoles en cada paso, entremezclado con el aroma intenso de la hierba mojada; aun así, no volvieron a tener amenaza de gotas o tormentas de verano y su paso fue bueno. En su caminar, conversaron sobre múltiples asuntos, aunque especialmente sobre los caminos por los que Garold había transitado en los años anteriores y los que fluían hacia el sur. Su pueblo, según le dijo, era el dunlendino y habían vivido hacía mucho tiempo en los valles que se abrían en torno a las Ered Nimrais, las Montañas Blancas cerca del reino de Gondor; ahora, desde hacía ya un tiempo, estaban más al norte, en los bosques de Enedwaith. Garold le iba recitando los caminos y las rutas entre cada uno de los reinos, al menos los que recordaba, para regocijo de Hildigard que lo recogía todo, o casi, en su cuaderno.

-¿Y lo anotáis todo? –preguntó Garold con cierta admiración, ante la fogata de la segunda noche, frente a la panceta al fuego. Había sido considerablemente difícil de prender, toda vez que parte de la madera de los alrededores estaba todavía húmeda.

-Bueno, casi –respondió Hildigard pasando un par de hojas–. Pero todo en cuanto a mapas, historias y tradiciones; al menos lo que recuerdo, claro.

-Claro –confirmó asintiendo divertido su compañero.

Garold se confirmó como un buen ayudante. Escuchaba con interés las anotaciones que le leía Hildigard e incluso había aportado un par de correcciones a los mapas y colaborado en algunos trazos que habían hecho los dibujos más profundos y claros.

-O sea, que yo entienda: para buscar y comprar semillas os traéis tinta, cuaderno y pluma, ¿no? –inquirió el dunlendino con diversión ante lo cual Hildigard únicamente pudo responder con un encogimiento de hombros.

Cavada Grande estaba enormemente activa y transitada. Sus smials eran corrientes de entradas y salidas y las sendas que lo cruzaban se veían pobladas por idas y venidas, hacia feria, alcaldía, huertos y posadas. Nada más llegar, los viajeros se aproximaron al mercado; en tanto Garold daba una vuelta, dejándose inundar por olores, colores y noticias, Hildigard examinaba macetas, sacos y flores, pétalos, tallos y hojas. Al final de



la mañana se había hecho con una pequeña bolsita de paquetes de semillas que colmaban realmente sus aspiraciones y justificaban con total solvencia el tiempo invertido en aquel desplazamiento. Dalias, gerberas, lavándulas y pensamientos... El “anual de Cavada” había sido un éxito.

-Deduzco por vuestra expresión satisfecha que tenéis lo que habíais venido a buscar –comentó Garold con cierto alborozo.

-En su mayoría... sí –respondió ufana Hildigard, con una fingida y exagerada expresión de seguridad-. Se podría decir que sí. ¿Vamos?

El dunlendino la miró con sorpresa; su aspecto llamaba realmente la atención por las veredas de Cavada y hasta aquel momento no se habían dado cuenta de las miradas de soslayo que hobbits de aquí y allá lanzaban a su paso, seguidos de comentarios y dimes y diretes.

-Vamos... ¿a dónde? –preguntó él.

-Tu propósito era salir de La Comarca y ver los caminos del oeste hacia el mar ¿no? Pues puedo ayudarte a continuar tu ruta un poco más; sólo me dilatará unas jornadas.

-¿Estáis segura? Que no os suponga quebranto.

Pero la voluntad de Hildigard por volver a salir a los caminos y ver quizá Emyr Beraid nuevamente pesaba más que cualquier otro pensamiento. Salieron aquella misma tarde, tras una buena comida de mesa de madera y sillas confortables en la posada de Cavada, con carne deshuesada con ciruela, zumo de manzana sin fermentar y fruta de temporada.

El camino seguía fresco aunque estaba ya seco, notando las jornadas de verano en que el sol calentaba la hierba hasta casi dorarla. Hildigard guio a Garold hasta las cimas de las Quebradas Lejanas, mientras le explicaba los caminos y sendas que había seguido en las otras ocasiones y sus experiencias; el dunlendino se vio enormemente sorprendido por la vista desde las lomas, pero más todavía ante la magnificencia lejana de Emyr Beraid. Mostraba enorme interés por todas las descripciones que la hobbit le hacía, aportando él sus experiencias en el camino y en sus propias tradiciones, comentándole que en Eryn Vorn, una zona densa de bosque cerrado en la costa del sur, uno de los espacios más poblados actualmente por los dunlendinos, se hablaba con insistencia de las torres élficas aunque no habían sido capaces de ubicarlas con total certeza; aquello aclaraba bastante sus mapas.

-Pues entonces prepárate cuando veas Elostirion, la gran torre.

-¿En la costa? –preguntó Garold mientras caminaban ya fuera de La Comarca.

-No, en las Colinas. Es una de las Tres Torres; la principal, guardada por un gran señor elfo, creo. Pero no nos dejarán verla.

-¿No? –inquirió de nuevo.

-No; no podremos subir. Pero podremos acercarnos bastante y la verás lo suficientemente de cerca.

Poca historia tuvo el resto del viaje, en medio de una naturaleza que había superado ya su esplendor e iniciaba, muy lentamente y de manera apenas perceptible, el declinar delicioso hacia el otoño brillante. Cuando se hubieron aproximado lo suficiente, Hildigard salió de la senda y llevó a Garold por la espesura, en paralelo a la ruta y a modo de pequeña broma para que la vista final fuese más impresionante.

No pasó demasiado cuando su caminar se vio interrumpido por un sonido constante, un tro-co-trop tro-co-trop que se sucedía constante y aumentaba en intensidad, más y más cercano cada vez, hasta que pudieron divisar dos figuras a caballo surcando el camino al galope. Ambos permanecieron en silencio, dejando pasar a los jinetes. Eran elfos, no había duda. Apenas los vio un instante pero pudo distinguir sus orejas picudas y a uno de ellos más alto y con ropajes brillantes en una túnica elegante y bordada (aunque quizá lo brillante fuese él mismo; Hildigard no podría decirlo), con una larga barba gris y rostro arrugado. El otro vestía ropajes más sobrios, casi militares, en tonos oscuros y turquesa. El galope se fue deshaciendo en el sonido como la vaharada en la ventisca, hasta ser imperceptible y desaparecer, dejando simplemente una leve polvareda suspendida que se aposentaba despacio. Hildigard y Garold se miraron, pero no dijeron una palabra.

Tras continuar su caminata un buen trecho ascendieron por la loma donde Lindalëaered había establecido el campamento y pudo señalarle la torre. El dunlendino se quedó sin palabras, maravillado por la rotundidad suave de la arquitectura élfica; durante un buen rato estuvo sin palabras, mirando cada parte de la atalaya, cada arboleda que la circundaba, cada camino o vereda que se podía distinguir. Hildigard lo dejó a su aire mientras se ponía cómoda y tomaba un bocado, tumbada sobre su bolsa y con las piernas cruzadas.

-Y es aquí. De este punto no podemos pasar; una pena.

-¡Es impresionante!

-Lo es.

-Y... ¿no nos dejarían acercarnos? ¿Cómo lo sabes?

-No; digamos que me lo indicaron otros compañeros –zanjó–. Y yo no podré acompañarte más; éste es mi límite ya. Pasaré aquí la noche y mañana por la mañana nuestros caminos habrán de separarse; quiero disfrutar de esta vista una vez más.

-Y recordaremos siempre nuestro viaje.

-Y recordaremos siempre nuestro viaje –repitió con un deje de cariño.

La cena fue más frugal que de costumbre, pues ambos querían guardar reservas para sus respectivos caminos pero se estiraron algo más con el postre, de moras recién recogidas espolvoreadas con un poco de azúcar y canela.

Con el sabor dulce de la fruta todavía en la boca Hildigard se recostó, mientras Garold recitaba en la penumbra versos que, según le dijo, se cantaba en Eryn Vorn.

*Filo que quedas durmiente en la costa,  
no olvides jamás el Caballo que empuja,  
que viene de lejos y te arranca de la llanura,  
y te arroja al oeste para condenarte a la espuma,  
mientras pisa a tu espalda la hierba  
que un día ha de ver nueva tu victoria.*

Hildigard se durmió en un sueño intranquilo, mecida por las palabras oscuras y extrañas, pero descansó al fin y al cabo toda la noche. Fue la luz del alba la que despegó lentamente sus ojos, como descorriendo una cortina que en realidad no quería abrirse todavía; un sonoro bostezo y unos brazos estirándose dieron fe de ello. Se incorporó y miró a su alrededor, pero allí ya no había nadie.

Se puso lentamente en pie; la figura grandiosa de Elostirion se percibía ya en aquel amanecer claro de verano, teñido el cielo de malvas y azules, de violetas y anaranjados en pinceladas. Tenía algo de hambre así que empezó a rebuscar en su bolsa para elegir su desayuno; buscó entre la comida... pero lo que no encontró... fue su cuaderno. Miró a su alrededor; giró sobre sus talones. Allí no había nada; tampoco resto de Garold; ni su mochila, ni un vestigio de su desayuno; nada. Parecía que no hubiese estado allí. Igual que su libro; sus viajes, sus anotaciones, sus mapas e impresiones de las rutas y el terreno... Tenía la seguridad absoluta de haberlo dejado allí dentro la noche anterior; pero simplemente, no estaba.

Metió con premura todo el resto de sus cosas en la mochila mientras revisaba cada piedra, cada hierbajo y helecho en derredor tratando de encontrar lo que evidentemente

faltaba. Con el campamento recogido oteó desde la altura de la colina Elostirion; podía regresar, volver por el camino y darlo por perdido. Pero aquello simplemente fue sopesado por un instante, el que le llevó dar un primer paso hacia la alta torre.

Empezó el camino andando pero pronto comenzó a trotar, dando apurados pasos cercanos a la carrera; sin saber muy bien por qué entre dientes empezó a musitar, cual hechizo y conjuro antiguo, el poema que Lethgalad había recitado en su despedida *“Bosque antiguo de ramaje oscuro / dame cobijo en los días alegres / y que a tu través pase la senda del viajero...”*.

Un buen rato después el camino comenzó a descender de manera abrupta hacia la entrada de la torre que adquiriría a esta distancia unas dimensiones verdaderamente titánicas a ojos de la joven hobbit. Fue aquel el primero de los dos momentos en que sintió miedo y dudó acerca de su presencia allí, acerca de qué estaba haciendo, de por qué había emprendido aquello... un temor que igual que vino se fue con el siguiente paso. Pues allá, a lo lejos, a como tres tiros de piedra, una figura embozada en una capa se aproximaba con paso taimado, árbol tras árbol, sombra tras sombra, al corazón de Emyrn Beraid.

La entrada porticada era magnífica e impresionante. Su altura quintuplicaba a la de la hobbit y los arcos apuntados se abocinaban en un abanico de formas ofreciendo el acceso. Los colores eran blancos del mármol más puro salpicado con ocre y jaspeados que devolvían la luz, o la producían ellos mismos pues tampoco ahora podría decirlo. A ambos lados, columnillas y capiteles se erigían y superponían para completar el paso, con puertas abiertas de par en par.

Hildigard no dudó ni un instante. No mucho antes había visto la figura de Garold entrar por aquella misma puerta, incumpliendo la prohibición que a ella misma le habían hecho años atrás. Y era culpa suya; era su responsabilidad. Quería mirarlo de frente, pedirle su cuaderno y preguntarle por qué.

Las escaleras eran amplias, todas bajo bóvedas apuntadas y decoradas con volutas y labrados; el ascenso se hacía en caracol, enredándose sobre sí mismo como el espino y la hiedra. Sus pasos resonaban levemente, empujando el sonido de otros que venían de más arriba; por un instante sintió el cansancio como una punzada. No era la única, pues allá arriba el ritmo del perseguido se había ralentizado; Hildigard apuró el paso cuanto pudo. A ambos lados se sucedían en algunos niveles puertas y entradas, algunas abiertas, otras cerradas, pero la hobbit seguía únicamente al que, como ella, era un intruso en Elostirion.

No podría decir cuánto tiempo estuvo subiendo; le faltaba el aliento e incluso pensó que tendría que parar. Afuera el día se filtraba ya desde las estancias interiores o desde ventanales que se abrían en el tambor central de la torre. No había querido detenerse a mirar la altura. Hasta que, por fin, los pasos cesaron allá arriba y, tras un leve recorrido, ella misma se dio contra una puerta de madera de dos hojas, una de ellas abierta, y ambas con argollas de hierro forjado repujadas y pulidas.

Cuando asomó cuidadosa la cabeza, y tras el largo trayecto de ascenso, la luz le impactó provocándole un mohín de molestia; duró poco, y una vez aclarada la vista pudo distinguir una sala semicircular, sin divisiones y con uno de sus laterales abierto al exterior en una balaustrada porticada y cubierta con una amplia columnata. No se esperaba realmente una estancia tan amplia. A un lado había una mesa llena de libros cerrados y algún que otro montón de papeles y pergaminos que se agitaban con el viento apenas sostenidos por recias piedras encima de ellos; detrás, varios anaqueles con puertas cerradas. Inclinado sobre la mesa pudo ver a Garold, que cogía algunos escritos y los leía, parecía que con premura. Se dio entonces cuenta de que, junto a la puerta donde estaba ella, reposaba la bolsa del dunlendino. Contuvo la respiración y la abrió con todo el sigilo del que fue capaz; aquel fue el segundo instante de temor y sus manos temblaban, pues veía que allí había algo más que mera curiosidad. Para su suerte el bufido del viento apagaba casi cualquier sonido, silbando y jugueteando en las alturas por entre los vanos y recovecos. Lo primero que encontró fue ya su cuaderno, que abrazó contra su pecho como un amigo recuperado.

Iba a darse la vuelta y abandonar el lugar, pues aquello ya la superaba, cuando otro objeto llamó su atención. Al otro lado de la sala, frente a la balaustrada, un pedestal se erguía cuadrado y sobrio; era de un granito grisáceo pero pulimentado hasta el brillo. Su altura superaba la cabeza de Hildigard y encima de él una esfera descansaba sobre un paño doblado a modo de acomodo. Era oscura, oscura y luminosa al tiempo; varias vetas la atravesaban pero parecían vetas de luz encerradas e inmóviles; luz parda y antigua.

-¿No sabes lo que es, verdad? –le sorprendió una voz conocida desde el fondo de la estancia que la sacó de su ensimismamiento.

-¿Lo sabes tú? –respondió desafiante, entrando definitivamente en la sala, con su cuaderno entre las manos.

-Sé mucho más de lo que parece, mediana; ahora ya no tengo que hacerme el tonto. Y no quiero hacerte daño, créeme.

-¿Por qué me has robado?

-Porque tu cuaderno tiene información interesante que puede ayudarnos.

-¿Todo por unas mercancías? ¿Todo por un puñado de riqueza? –Hildigard avanzó hasta interponerse entre Garold y la esfera oscura.

-Todo por mi pueblo. Todo por recuperar nuestra vida, nuestro lugar, del que los Señores de Caballos nos echaron hace tiempo. Pero la Torre Oscura pagará bien en su victoria; parece distante, parece lejano, pero nadie podrá detener el poder del Este.

Hildigard no conseguía entender demasiado, más allá de deducir que aquel era uno de los extraños de los que se hablaba en Cavada y el Alforzada.

-Pensamos que no volverías –soltó como un latigazo–; por eso tuve que darte un empujoncito. Te vimos al inicio de tu primer viaje; no yo, otros. Pero no nos pudimos acercar, ni completar el camino ni tener esa magnífica guía que has preparado o conocer como tú estas rutas.

»Pero esto se cocina a fuego lento ¿no? O eso dicen; y esperamos, y esperamos... rondando... viendo... Si no te hubieses ofrecido en Alforzada, yo te lo hubiese pedido.

»Ahora, dame el cuaderno y sal de aquí. Con vida. Solo quiero el libro... y la piedra.

-No –replicó con rotundidad.

-¿No? Una mediana ante la voluntad del Este –sonrió despectivo–; ¿sabes lo que es esa piedra? ¿sabes lo que son las piedras videntes? –Hildigard se dio cuenta de todo lo que en verdad ignoraba–. No claro. Y no es la única. Pero desde el Bosque Negro quieren ésta, hallada ahora por fin.

Garold dio un paso hacia delante, pero Hildigard se enfrentó interponiéndose en la distancia.

-Hablan de Morgul –continuó él–, de una fortaleza tan alta como las montañas y negra como la noche, cuna del futuro poder de la Tierra Media. Y si nuestro destino pasa por tu vida, así sea compañera de viaje.

Con esta última frase avanzó en dos zancadas y le dio un bofetón que la tumbó dejando en su cara el calor de las ascuas y el sabor herrumbroso de la sangre en su boca. Garold dio otro paso hacia el pedestal pero Hildigard, con toda la rapidez de la que fue capaz, se puso en pie con su cuaderno en una mano y se lanzó a su cintura para intentar desenvainarle la espada. Garold la agarró por el pomo mientras forcejeaban hasta que el filo salió rápido de su vaina, rajando parte de la portada del libro de Hildigard y entrando también en su carne, dando con el cuerpo de la hobbit en el suelo y dejando fluir un reguero de sangre.

Garold envainó, se acercó a la piedra y abrió las manos para cogerla por ambos lados. Pero fue el cuerpo trastabillando de Hildigard el que se interpuso otra vez, y con un salto que requirió la poca fuerza que le quedaba agarrar la piedra vidente. De inmediato una sacudida agitó todo su cuerpo y se elevó, se elevó sobre las montañas y los mares, sobre el espacio y quizá el Tiempo, sobre luz y oscuridad, hasta que divisó una ciudad, una magnífica y maravillosa ciudad de cúpulas y edificios, de brillo y luminosidad, una ciudad élfica y antigua, que se abría en una bahía de aguas claras y puertos amplios. Pronto su cuerpo empezó a agitarse incapaz de soportar la presión. Garold alzó nuevamente su espada; aquel objeto sería suyo. Tensaba ya sus músculos para descargar el golpe cuando el sonido armonioso de una cuerda rechinando cortó el aire. La flecha tardó un instante en recorrer la distancia desde el arco de Lethgalad en la puerta hasta el centro de la espalda del dunlendino, que cayó muerto al instante.

El elfo apuró el paso y arrebató la piedra de las manos de Hildigard, sin dejar ella de temblar del todo. Su herida sangraba abundantemente y su mente no respondía ya a estímulo alguno; veía todavía el puerto y la ciudad magnífica y brillante. Fue esa su última visión, para abandonar con suavidad la vida en la Tierra Media y acudir a las estancias de Mandos.

Lethgalad sintió la tristeza realmente en su corazón inmortal. Ni todos sus años, ni todas las edades, habían sido capaces de llevarlo allí a tiempo, guiado por Hildigard y un poema recitado en hora aciaga, a pesar de que, años atrás, él mismo había percibido el peligro y a sus perseguidores.

Colocó de nuevo el palantir de Elostirion en su pedestal, cogió el cuerpo inerte de Hildigard, con una pequeña bolsita al cinto y su cuaderno entre las manos y empezó a bajar las escaleras con pesar. No quería que Círdan encontrase a su regreso noticia alguna de los medianos. Y había mucho de qué hablar.

\*

Gerontius apuró el paso hacia la entrada, en pos de los golpes en la puerta; era tarde, con la noche cubriendo ya Grandes Smials, aunque desde hacía un tiempo allí siempre era noche. Abrió y miró a ambos lados pero no había nadie, más que los sonidos nocturnos. Se disponía a cerrar cuando reparó en dos objetos en el suelo. Una lágrima

resbaló por su mejilla al acariciarlos con suavidad: el cuaderno mellado en su cubierta y una bolsita con semillas.

Nada supo de los temores de Círdan que, desde aquel momento, decidió abandonar los concilios y delegar su presencia, pues a duras penas habían controlado aquella amenaza. El elfo de Lindon que le había informado, uno de los dedicados a custodiar el palantir de Elostirion, parecía desconocer parte de lo ocurrido, pero algo era claro: la Sombra se cernía ya sobre Emyr Beraid.



## EPÍLOGO

Belladonna seguía leyendo a los pequeños el cuaderno, mientras éstos se arremolinaban a sus pies y empezaban a agitarse de nuevo; ya habían aguantado un buen rato y demandaban carreras por Alforzada.

Gerontius entró en la sala y sonrió con ternura.

-¿Otra vez leyéndoles ese libro?

-Es bonito –dijo, mientras una punzada recorría el corazón del Thain. Pensaba en Hildigard, y en Hildifons que había partido no mucho después para no volver.

-Vamos, ven –le indicó Gerontius, mientras una figura alta de larga barba gris, cejas pobladas y sonrisa cálida aparecía a su espalda–. Gandalf ha venido; y dice que me trae un regalo... ¡mágico!

-¡Mágico! –repitió uno de los pequeños, mientras correteaba en derredor.

-¿Ves lo que haces? –preguntó Gerontius a su hija con gesto falsamente airado–. Si salen como sus tíos será culpa tuya.

Belladonna soltó una risa alegre y musical.

-Anda vamos –se agarró al brazo de su padre.

Sólo quedaban ellos y el pequeño hobbit, que la miró con decepción.

-¿No nos lees más, madre? –preguntó él implorante.

-No Bilbo –respondió Belladonna con cariño–; hoy no. Vamos.

Abandonaron la sala para entrar en la sala grande, mientras Gerontius recitaba por lo bajo:

*Bosque antiguo de ramaje oscuro,  
dame cobijo en los días alegres,  
y que a tu través pase la senda del viajero  
mientras llenas su bolsa de flores y aventuras.  
Descuida, caminante, los pesares y penurias,  
recupera el ánimo del camino hecho con esmero,  
largo es el día, frío el acero,  
lejano el hogar en noche profunda.*

Y Gandalf, desde el quicio de la puerta, miraba de reojo al pequeño hobbit pensando “¿Otro Tuk? Quién sabe”.

FIN